

LA VUELTA DE LA TORTILLA. EL MIEDO A LA REVUELTA POPULAR

Alejandro González

*Un fantasma recorre Europa (Latinoamérica)
Karl Marx. El Manifiesto Comunista*

El enfoque marxista de clases sociales y las contradicciones entre éstas, la lucha de clases, ha sido ampliamente utilizado en estudios de conflicto social. Gran parte de estos estudios se han focalizado en el conflicto mismo, la contradicción, antagónica o no, entre distintos grupos y/o clases sociales. Más aún, incluso en estudios recientes en que el foco conceptual de análisis incluye categorías identitarias, tales como etnicidad, género, orientación sexual, etc., el foco de estudio ha continuado siendo el conflicto, la confrontación de intereses.

El “fantasma” en la famosa cita de Marx apuntaba, sin embargo, al temor de las clases dominantes europeas frente al fantasma del comunismo. La figura es también aplicable a la historia republicana de América Latina, substituyendo el comunismo por la revuelta popular. Desde la perspectiva de los oprimidos es preciso notar que el miedo no es fantasmal sino real. El miedo a las elites ha demostrado tener una base muy sólida, como lo demuestran las innumerables masacres de indígenas, campesinos y trabajadores a lo largo de la historia colonial y republicana. El presente artículo se centra, entonces, en el temor de las elites a la revuelta popular.

¡Ya van a ver! ¡Ya van a ver! ¡Cuando los obreros se tomen el poder!

Durante los días del gobierno de la Unidad Popular en Chile (1970-1973), se coreaban en las marchas y grandes reuniones masivas de la izquierda, al menos de una cierta izquierda, consignas y cantos de agitación con amenazas nada de implícitas contra la elite. Aún cuando nunca estas consignas reflejaron una amenaza real a los ricos de parte de quienes las

gritaban, sí fueron entendidas como tales por la elite económica. El derrocamiento del gobierno de Allende dio a los grupos dominantes la posibilidad de responder a esta amenaza con toda la fuerza contenida del odio y del temor de clase.

No solo en las calles sino también en las peñas musicales y en los actos públicos la izquierda chilena se dedicaba alegremente a asustar a los *momios*¹. Entre la música de protesta que se hizo popular durante la época, se encontraba una canción de la guerra civil española que decía “cuándo querrá Dios del cielo, que la tortilla se vuelva. ¡Que la tortilla se vuelva, que los pobres coman pan y los ricos mierda, mierda!”

La vuelta de la tortilla, el pasar de la condición de dominante a dominado. He ahí el temor básico de la elite. El miedo ha sido el invitado de piedra en las tertulias de la elite, cuando el entramado social tiembla.

La sartén por el mango

El objetivo de este artículo es analizar comparativamente las conflictivas relaciones entre las elites y los pobres, en el Cono Sur y en la región andina, a partir de la independencia, haciendo escala en el primer y segundo centenario. La idea central es que la composición de las elites y los pobres ha variado a través de los últimos 200 años, pero no esencialmente las relaciones entre ellos. Éstas han estado marcadas no sólo por sus distintos intereses contradictorios de clase, sino también, como un resultado de lo anterior, por el temor de las elites a la ruptura social.

La región andina y el Cono Sur son entendidos en este artículo no como un conjunto de países, sino en términos de centro y periferia, reflejando la situación existente durante la mayor parte del periodo colonial.² Esto por cuanto esta condición

¹ Nombre que se aplica en Chile a los políticos conservadores.

² El corazón del imperio español en Sudamérica, durante gran parte de la historia colonial, estaba en Lima, mientras Potosí en el Alto Perú (Bolivia) jugaba un rol fundamental en lo minero y económico. Buenos Aires, Santiago y Montevideo, por otra parte, fueron regiones periféricas dependientes del

previa marcará también el futuro de las repúblicas por nacer. A grosso modo entonces, el centro colonial se corresponde con la región andina, y la periferia, en gran parte, con el Cono Sur.

Las revueltas populares no tienen una regularidad histórica fija y, desde una perspectiva histórica, no hay en principio razones válidas para afirmar que los siglos a partir del inicio de la lucha por la independencia latinoamericana deberían conformar una unidad en sí. Tampoco hay razones para afirmar que específicamente la fecha de 1810 constituye un "inicio". La insurrección de Tupac Amaru en Perú en 1780, las revueltas de los comuneros en Paraguay en el siglo XVIII y en Nueva Granada en 1780, Tupac Katari en 1780 y la Revolución de Chuquisaca en 1809 en Alto Perú son ejemplos que así lo demuestran.

Aún así, las conmemoraciones son ocasiones de reflexión y resumen. Prueba de esto fueron los numerosos libros publicados alrededor de 1910 en torno al primer centenario. Aún cuando conmemorar los doscientos años de la independencia latinoamericana tiene fundamentalmente sentido desde la perspectiva de la elite criolla, eso no impide un análisis crítico del tiempo transcurrido, ni tampoco reflexionar sobre las causas de la situación de opresión que aún afecta a una gran parte de la población del continente.

La situación de las masas populares, en este sentido, no ha variado en esencia durante el periodo republicano ni tampoco en relación al periodo colonial. Pero los actores han cambiado. No son los mismos grupos quienes constituyen la elite, ni tampoco los que constituyen la base popular. Pero aún cuando sean distintos grupos ocupando los mismos roles, el miedo de la elite es constante. Miedo a que la tortilla se vuelva.

Arrom y Ortoll (1996) utilizan el concepto *social compact* para explicar la mantención del orden público en las ciudades latinoamericanas durante el periodo colonial y principios de la república. Un concepto que, de acuerdo a estos autores, puede

Virreinato del Perú, al menos hasta 1776 cuando se crea el Virreinato del Río de la Plata.

también extenderse a un acuerdo entre ricos y pobres para mantener la paz social:

[...] a compact that, although ratifying social inequality, established boundaries of acceptable behavior recognized by all parties. (Arrom & Ortoll 1996, 5).

La cuestión es, no obstante, definir qué constituye un comportamiento aceptable de ambas partes. El mantenimiento de la paz social implica la aceptación por parte de las clases populares de los distintos roles y funciones impuestos por las elites. La elite asume para sí una función dirigente tanto en lo político como en la esfera de la producción, y se espera que las clases subalternas acaten el orden político vigente, muestren deferencia en las relaciones sociales y generen valor en la producción.

Pero ¿por qué aceptarían las clases populares un orden que indudablemente no las favorecía? ¿Y bajo qué condiciones era posible el desacato? El control social de las elites era factible en cuanto la educación, la religión y la cultura legitimaban el orden vigente; una incipiente formulación de políticas sociales a través del apoyo a la beneficencia privada (religiosa) paliaba mínimamente los casos extremos de desamparo social; y, además, el aparato del estado se utilizaba para reprimir incipientes manifestaciones de descontento. Pero fundamentalmente el orden social era factible siempre y cuando cada una de las partes tuviera un rol definido, establecido y, sobre todo, respetado, en la producción de bienes y servicios.

¡Se quema la tortilla!

*Cuando la tortilla se ha dorado suficientemente,
se le da vuelta para dorarla por la otra cara.
Tortilla de patatas española
(receta)*

Es posible distinguir, en términos analíticos y a grosso modo, tres situaciones en que las elites latinoamericanas han expresado temor por la ruptura del orden social a lo largo de los últimos 200 años. Ruptura que, dicho sea de paso, no necesita ser objetiva sino corresponder a la percepción y

temores de las elites, al miedo a sentirse desplazadas del poder.

En primer lugar, el miedo a que el proceso de independencia se escapara de las manos de la elite convirtiéndose en una guerra social, de castas o de colores. Este proceso comienza ya antes de la independencia y se extiende durante toda la etapa de formación de estados nacionales, es decir cuando se construye la idea de una comunidad imaginada, la nación.³

En segundo lugar, durante el periodo que comienza a fines del siglo XIX y comienzos del XX, el miedo de la elite estaba relacionado con el surgimiento de nuevos actores sociales, que luchaban por integrarse a, o ponían en cuestión, la idea de nación propugnada por la elite. Este proceso, donde la contradicción principal se da entre el capital y el trabajo, se extiende durante la mayor parte del siglo XX. El miedo a una sociedad alternativa de trabajadores sigue vigente aún hoy.

Por último, al acercarse el segundo centenario de la independencia latinoamericana, el miedo ya no está centrado en la organización de los trabajadores. Lo que asusta a las elites, y no sólo a ellas sino también a las clases medias, son los millones de personas cuyas identidades colectivas no encuentran lugar en, o tampoco quieren pertenecer a, una nación imaginada por la elite. Como tampoco tienen un lugar dentro del aparato productivo y se ven obligadas a subsistir en el, así llamado, sector informal de la economía.

Estas tres situaciones de temor, que serán examinadas a continuación, reflejan, respectivamente el miedo criollo, el miedo burgués y el miedo ciudadano.

³ El concepto de comunidad imaginada es de Benedict Anderson (2006) y se refiere a comunidades basadas en la religión, dinastías o la idea de nación. La comunidad imaginada, donde los miembros quizás nunca se encuentren entre sí, es capaz de movilizar a sus miembros a participar en guerras, morir y matar por ella. De acuerdo a Anderson, la idea de nación es un invento americano y en su formación a principios del siglo XIX, tuvieron especial importancia tanto los "peregrinajes" que hacían los funcionarios coloniales criollos, siempre discriminados frente a los peninsulares, como la aparición de los periódicos.

El miedo criollo

Las así llamadas reformas borbónicas, en la segunda mitad del siglo XVIII, asustaron a los criollos. El paquete de reformas iniciado por Carlos III no solo impuso nuevos impuestos, efectivizó la burocracia colonial, afianzó los lazos coloniales monopólicos e incentivó la inmigración de peninsulares, entre otras medidas (Anderson 2006:50).

More frightening was the social mobility that Spanish administrative changes inspired among the great masses at the bottom of the pyramidal social structure. The growing number of mixed race people and the opportunities offered to the pardos to purchase a certificate of legal whiteness unsettled the creoles (Langley 1996:157).

En 1810 la estructura social de los países latinoamericanos estaba, en mayor o menor medida, compuesta básicamente por dos grupos: elite y pueblo, separados por un abismo en sus condiciones de vida. La mayor parte de la población vivía en áreas rurales y las ciudades estaban dominadas por la elite criolla y peninsular. En términos de estructura económica el centro estaba en Lima con Buenos Aires como un sub-centro subordinado a ésta, aún cuando su importancia era creciente debido a su estratégica posición y el consecuente intenso contacto con España. La mayor parte de la población, la plebe, estaba compuesta por indios, negros y las mezclas entre éstos y con los blancos, las así llamadas castas. Resumiendo, por un lado estaba la elite y, por el otro lado, estaban los pobres.⁴

La posibilidad de movilidad social para miembros de las castas era vista por la elite como una amenaza al orden social. El intento en las colonias de replicar el modelo ibérico de una sociedad de dos clases, estaba basado en la premisa racista de mantener subordinados no solamente a indígenas y esclavos negros, sino también a las castas (Stanley & Stein 1970:62). La visión de la elite no hacía grandes distinciones

⁴ "The traveler John Mawe, visiting the Rio de la Plata during the British invasion of 1807, described Buenos Aires as a stratified society of Europeans, Creoles, mestizos, Indians, „brown mixtures of Africans and Europeans’, and „mulattos of various degrees’ ((...)) with a “sharp division in living conditions between Europeans and Creoles on the one side and the mass of the population on the other” (Langley 1996:158).

entre los grupos populares. Así, escriben los mercaderes del consulado de México a Las Cortes en 1811:

(The) castes whose lazy hands are employed in peonage, domestic service, trades, artifacts and the army, are of the same condition, the same character, the same temperament and the same negligence as the Indian(...) Drunken, incontinent, lazy, without honor, gratefulness, or fidelity(...) (Stanley & Stein 1970:57).

El orden colonial, hasta entonces y a pesar de los conflictos, funcionaba relativamente bien. Arrom (1996:10) remitiendo a Gramsci, sostiene que el control de las elites latinoamericanas sobre las clases populares era más a través de ‚hegemonía‘ que de ‚dominación‘. Este autor se refiere fundamentalmente a la situación en las ciudades, ya que el campo era una fuente de conflictos (Arrom 1996:6-7). Una hegemonía, en todo caso muy inestable, que obligaba a criollos y peninsulares a mantenerse unidos frente a la amenaza de insurrecciones de los esclavos y de los indígenas. Insurrecciones que eran brutalmente reprimidas. Es por eso que al inicio de la guerra de independencia, los criollos intentan no depender de los indígenas o de los esclavos. El curso de la guerra, sin embargo, los obliga a contar con su apoyo, prometiéndoles igualdad a unos y libertad a otros en la república por venir. Promesas que distaron mucho de ser cumplidas una vez ganada la guerra (Stanley & Stein 1970:161).

Los criollos temían la reacción de las castas, de los esclavos negros y de los indígenas. Los peninsulares y funcionarios coloniales, a su vez, estaban conscientes del resentimiento en contra de la elite criolla. Manuel Pardo, Regente de la Real Audiencia de Cusco, escribía por ejemplo, después de la rebelión de 1814:

All those who have lived any length of time in the Americas will have noticed the hatred which in general the Spanish creoles nurture in their hearts against the Europeans and their government. This antipathy is much less pronounced in the Negroes and Indians, for it can truthfully be said that these direct their hatred more against the creoles. This is not to deny the support that both Negroes and Indians have given to the rebellion, for their addiction to robbery, plunder, assassination and every kind of disorder makes them amenable to its ideas and readily enlists them in its ranks (citado en Bonilla 1994:172).

Mientras que el interés de la corona durante la mayor parte del periodo colonial estuvo centrado en torno a la producción

minera, los intereses de la elite criolla estuvieron centrados en torno a la producción agraria. Es precisamente la disminución y pérdida de importancia de la producción minera a mediados del siglo XVIII, la que abre las puertas a las reformas borbónicas. El aumento relativo, consecuentemente, del peso de las actividades económicas de la elite criolla lleva a una situación conflictiva entre la corona y los peninsulares, por un lado, y los criollos por el otro (Sunkel 1973).

Los pobres de la época estaban en contacto fundamentalmente con la elite criolla y sus representantes en las haciendas. La identificación del contrincante social por parte de las masas campesinas, indígenas y de esclavos, correspondía a la imagen del criollo. Eran éstos quienes los sometían a una despiadada explotación. ¿Por qué habrían de tomar las armas en contra de quienes no reconocían como sus enemigos? ¿Por qué habrían de aliarse con sus explotadores?

El caso de México demuestra claramente que la plebe reconocía en los criollos a sus enemigos. La insurrección liderada por Hidalgo abrió con el Grito de Dolores, y sobre todo con la toma de Guanajuato (de la Torre 1982), las compuertas del odio popular y mostraron claramente a la elite criolla que podían esperar de la revuelta popular. Es recién cuando tanto Hidalgo como Morelos son derrotados, que la elite criolla, con Iturbide a la cabeza, acompaña el proyecto independentista.

Un caso bastante similar es el de Perú. No por nada constituía, junto con México, el corazón del imperio y contaba con la aristocracia colonial más numerosa de la América española. La independencia del Perú fue la última en lograrse. Demasiado fresco estaba aún el recuerdo de la insurrección de Tupac Amaru II en Cuzco y de Tupac Catari en Alto Perú. El historiador Flores Galindo califica la estructura colonial en Perú como un edificio rígido, incapaz de soportar el terremoto de la independencia y ante la cual simplemente se habría colapsado (1994:156). Significativo es el caso de los intelectuales: "infected by the same fear that filled the ruling class (...) only at the last minute would they enter the ranks of the patriot" (Flores Galindo 1994:159).

Los sucesos de Haití, por su parte, donde los esclavos se tomaron al pie de la letra las consignas de la Revolución

Francesa, de libertad, igualdad y fraternidad -conformando no sólo la primera república latinoamericana sino, además, la primera república negra -, llenaban de horror a las elites criollas del continente, sobre todo a los dueños de esclavos en Venezuela (Anderson 2006:48).

En México y Perú, la elite criolla, enfrentada a la disyuntiva de rebelarse contra la corona, con la inseguridad de no saber qué actitud tomarían las clases subalternas, o más bien dicho, con la seguridad de que éstas se rebelarían también en contra de ella, prefirió aliarse a los peninsulares a favor de la corona, con tal de garantizar la paz social (léase, sus propios privilegios).

En las zonas periféricas, la elite se esforzó por crear un sentimiento de nacionalidad que incluyera a los oprimidos, para así enfrentar a la corona y avanzar hacia la independencia. Con este fin, muchos vuelven su mirada a la historia de la conquista y levantan a los héroes de la resistencia indígenas como propios, llamando a todos a unirse contra los conquistadores/peninsulares, bajo un mismo manto como americanos sin importar el color de la piel, tratando de obviar que sus integrantes eran los directos herederos de éstos. El riesgo era obvio en el caso de Perú, donde la elite temía que al levantar a los “gloriosos” incas del pasado también legitimaría a los “miserables” indios del presente (Thurner 2003).

In such circumstances the criollo weapon against the metropolitan overlord – the eighteenth-century concept of a glorious Amerindian pre-conquest civilization in Mexico and Peru shared by those born in America, no matter their racial background – proved a two-edged weapon (Stanley & Stein 1970:161).

En el caso de Chile, que se diferencia de sus vecinos por el éxito relativo en conformar tempranamente no sólo un estado sino además una idea de la nación que también incluía a los “rotos”, la elite criolla logró instrumentalizar la idea de chilenos (blancos, castas e indios) contra españoles, haciendo uso de los héroes de la resistencia indígena contra los conquistadores. Esto, por supuesto no implicaba, a los ojos de la elite criolla, el devolver la tierra usurpada a los mapuches (Collier 1973:56).

Griffin resume el resultado de las guerras de independencia latinoamericanas en su artículo “Were there revolutions?” (1973). La desolación material afectó el continente de manera

distinta y por etapas. Venezuela y México fueron las zonas más afectadas, no así Perú en la etapa inicial, pero sí después, a fines de la Guerra, en que fue muy afectado. Buenos Aires sufrió muy poco mientras que Chile fue afectado ocasionalmente. Uruguay fue un permanente campo de batalla. En términos sociales las guerras de independencia abrieron posibilidades de ascenso social, tanto para mestizos como negros, sobre todo en el ejército, en México, Colombia, Perú y Bolivia.⁵ No así en Buenos Aires y Chile. Hacia 1830 la esclavitud era insignificante en las nuevas repúblicas hispanoamericanas, pero la situación de la población indígena no había cambiado.

Durante gran parte del primer siglo independiente de vida republicana, las distintas elites latinoamericanas son más o menos exitosas en la construcción del sentimiento de nacionalidad. Los países que tempranamente logran estabilizar la lucha política entre las distintas regiones, con la consolidación del poder unitario o de las provincias más fuertes, son también los más exitosos en convencer a los grupos subalternos de que son partícipes de la identidad nacional. En el caso de Chile, por ejemplo, esto se logra con la idealización del “roto” durante la primera guerra contra la Confederación Perú-boliviana (1836-1839), que fue ganada por los soldados chilenos, mal equipados y llamados despectivamente “rotos” por los peruanos. A partir de entonces se declara la fecha de la batalla de Yungay (20 de enero de 1839) como el día del roto chileno.

La utilización de los sentimientos nacionales es la que permite, o no, la participación en guerras de extensión del territorio nacional o defensa del mismo frente a las pretensiones de comunidades imaginadas vecinas (Anderson 2006). Así, mientras que la elite chilena fue exitosa en la construcción temprana del sentimiento nacional, logrando crear la ilusión de que todos los chilenos participaban de la nación, constituyendo una comunidad, y por lo tanto, dispuestos a morir y matar por ella, la elite peruana fue incapaz de generar una ilusión colectiva de nación, en la que todos los habitantes del Perú, sin

⁵ Sin embargo, como dice Mörner, ellos abandonaron cualquier intención de representar sus propios grupos étnicos (1973:35)

distinciones, se sintieran partícipes. La diferencia se hace notar dramáticamente durante la segunda fase de la Guerra del Pacífico (1879-1883) cuando el ejército chileno ocupa el territorio peruano. La elite local fue incapaz de organizar una resistencia eficaz para resistir al invasor debido al odio de los indígenas contra sus explotadores peruanos y se vio posteriormente forzada a firmar la paz con los chilenos por miedo a los indígenas y campesinos (Jakobsen y Díez Hurtado 2002).

En términos generales, las guerras de independencia constituyen una oportunidad política histórica en que el poder y el control social de la elite se debilita por enfrentamientos internos los cuales hacen necesario redefinir el rol de cada una de las fracciones de ésta. Más aún, toda guerra en sí, pone en cuestión el grado de cohesión nacional, la capacidad de motivar a la población a matar y morir por la “comunidad imaginada”.

La historia republicana de la región andina y del Cono Sur, nos ofrece muchos ejemplos en este sentido. Así, Perú se ha visto enfrascado en guerras con prácticamente todos sus vecinos a excepción de Brasil, Bolivia con todos los suyos y Ecuador con Perú. A su vez, Argentina y Chile han estado en guerra con todos sus vecinos, menos entre sí. Frente a cada guerra las elites se preguntan si lograrán arrastrar a las clases subalternas a la actividad bélica y, en algunos casos, si éstas no aprovecharán la oportunidad para rebelarse.

Es interesante destacar que el efecto de las guerras por sí sólo no alcanza para generar sentimientos de comunidad, de pertenencia. Puede incluso tener el efecto contrario, haciendo obvia la no pertenencia a la nación o “comunidad imaginada”. Mientras que en el caso de Chile la participación en las guerras del siglo XIX contribuyó a la creación del sentimiento de nación y, por lo tanto, de subordinación de los “rotos” a la idea de nación de la elite, en el Perú las guerras contribuyeron a evidenciar la existencia de distintas comunidades y no sólo una única, nacional. El caso de Argentina, por otra parte, es interesante por cuanto su historia republicana durante el siglo XIX está marcada tanto por guerras intestinas como por los conflictos bélicos con sus vecinos. A diferencia de Chile, la elite no integra al “gaucho” -en alguna medida el equivalente del

“roto” chileno - a su idea imaginada de nación. Más aún, el gaucho constituía para Sarmiento la quintaesencia de lo que había que superar en Argentina. El gaucho representaba la barbarie en su famosa disyuntiva de “civilización o barbarie”. A diferencia de Perú, por otra parte, Argentina, previo a la gran inmigración europea de fines de siglo, no estaba dividida en múltiples comunidades étnicas, aún cuando éstas también existían. Si en el caso de Chile se puede hablar de un nacionalismo de alta intensidad y en el de Perú de un nacionalismo de baja intensidad, el caso de Argentina constituye un ejemplo de nacionalismo de mediana intensidad.

La heterogeneidad étnica fue durante gran parte del siglo XIX la más importante dificultad enfrentada por los constructores de la idea de nación. Las guerras cumplieron un papel distinto, promoviendo en algunos casos, y en otros dificultando, la idea de nación. A pesar de ello, a fines del siglo XIX, en mayor y menor grado y con mayor o menor éxito, la idea de comunidades nacionales de intereses, valores y tradiciones, imperaba en Latinoamérica. Vale decir, las élites lograron imponer su orden social, político y económico y las clases subalternas acataban este orden, mostraban deferencia y cumplían su rol productivo.

El miedo burgués

La década de 1880 es importante para entender el inicio de la nueva época. De hecho, ya desde mediados de siglo la mayoría de los países latinoamericanos comienzan un largo periodo de crecimiento económico. Luego del tumultuoso periodo de post independencia, las nacientes repúblicas latinoamericanas se insertan en el mercado mundial como exportadores de materias primas hacia las insaciables economías centrales. Este proceso se profundiza a partir de la década de 1880 motivado, por una parte, por el rápido proceso de urbanización que experimentaba Europa y, por la otra, por el desarrollo de nuevas tecnologías de transporte (McCreery 2000:107-108). Comienza entonces un periodo de fuertes inversiones directas extranjeras, sobre todo de inversionistas británicos (Rippy 1949), pasando éstos a controlar no sólo el comercio exterior de los países latinoamericanos,

sino directamente gran parte de la producción, sobre todo minera (Cardoso & Faletto 1979).

El proceso iniciado por la demanda internacional de materias primas tuvo consecuencias no solamente regionales y económicas sino también en la estructura social. Al finalizar el primer siglo de vida independiente, los países del Cono Sur habían logrado distanciarse económicamente de los países andinos, que permanecieron relativamente estancados. La estructura social, por esto mismo, se diversificó más en el Cono Sur que en la región andina. La ligazón cada vez mayor de las economías latinoamericanas al mercado internacional promovió la construcción de caminos, puentes, ferrocarriles y puertos. La participación de los estados, mediante impuestos y tarifas, en la exportación de materias primas, estimuló el crecimiento de la burocracia estatal. Esto, unido al crecimiento urbano y a las nuevas inversiones directas extranjeras en las economías locales, dio origen a nuevos actores sociales. La elite, por una parte, dejó de ser un todo monolítico, para pasar a diferenciarse entre elites agrarias, comerciales, mineras e industriales. En el otro extremo, surgen primero la clase media y luego la clase obrera, distinguiéndose de la masa campesina rural y la masa artesanal de las ciudades.

La mayoría de la población de los países del Cono Sur seguía siendo rural, aún cuando la urbanización había avanzado más que en la región andina. En ambas regiones, junto a la tradicional pobreza rural, se asienta también en conventillos y squatters la pobreza urbana, compuesta mayoritariamente por trabajadores diversos entre los que no faltaban los trabajadores industriales. Es el periodo en que se discute la “cuestión social”, concepto importado directamente desde Francia (Castel 1997). Étnicamente, la llegada masiva de inmigrantes europeos cambia la base poblacional del Cono Sur, especialmente en el Río de la Plata y, en mucho menor medida, en Chile. Sólo en el Río de la Plata, sin embargo, pasa ésta a integrarse en el mundo popular (Bergquist 1986). En Chile, en cambio, se inserta masivamente en la clase media (Pike 1963).

La época es, además, importante también en otro sentido. Por una parte, los países del Cono Sur extienden sus fronteras de manera más que significativa. En el caso de Chile, a costa de

Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico (1879-1883), dejando a estos dos países andinos mutilados, especialmente a Bolivia, convertida en un país mediterráneo. Argentina, a su vez, había ya previamente obtenido grandes extensiones de Paraguay, en Misiones y Formosa, luego de la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870).

Por otra parte, estos mismos países ocuparon las tropas de regreso de sus respectivas guerras, para expandir sus fronteras internas y ocupar los territorios indígenas. En el caso de Argentina, ya en 1833-34, en la llamada Campaña del Desierto, Rosas adelanta lo que sería posteriormente la llamada Conquista del Desierto (1878-1884), con su secuela de muertes y atropellos a las comunidades indígenas.⁶ En el caso de Chile, la llamada Ocupación de la Araucanía iniciada originalmente en 1861, culminaría en 1883, casi al mismo tiempo que la Conquista del Desierto en Argentina, cuando las tropas provenientes del Perú vencen la última resistencia mapuche (Villalobos 1985). A fines del siglo XIX la situación de los países andinos y del Cono Sur, respectivamente, se caracterizaba por el (frustrado) genocidio cultural de los pueblos originales en el primer caso, y por el genocidio real de la población indígena, en el segundo (Quijano 2008:216).

El “problema” indígena fue enfrentado, entonces, de distinta manera por las elites de la región andina y del Cono Sur. Mientras que en los territorios del anterior imperio inca, la elite se superpuso sobre la cultura indígena conquistada, en los países del Cono Sur, en un proceso que recuerda la marcha hacia el oeste de las ex colonias norteamericanas, la elite “corrió” progresiva y violentamente las fronteras de la “civilización”, arrinconando cada vez más a las poblaciones indígenas y favoreciendo la llegada de inmigrantes europeos.⁷

⁶ El sitio de Internet <http://elortiba.org/guedes.html>, (accedido el 16 de junio del 2009) ha reunido una serie de artículos publicados por historiadores, pro y anti Roca sobre la Conquista del Desierto.

⁷ “The colonial legacy of social degradation and racial prejudice surfaced in the nineteenth century in the form of acute racial pessimism, in the belief that only the immigration of European Whites via colonization could supply the industrious labor force capable of effectively transforming Latin America” (Stanley & Stein 1970, 119),

El miedo de las elites a la reacción popular de indígenas, mestizos y de la población negra ha seguido existiendo de manera abierta en la región andina, y de manera encubierta en el Cono Sur, hasta nuestros días.⁸ El discurso que traslucía este temor, donde el concepto raza jugaba un rol central, empieza a finales del siglo XIX a coexistir con un discurso clasista. El miedo ya no era sólo contra aquellos que se diferenciaban por el color de su piel o sus características físicas, sino que, además, el miedo era producido por la actitud contestataria de los trabajadores y sus pretensiones de participar de la riqueza que generaban.

En Argentina, Chile y Uruguay las clases medias logran acceder primero al parlamento y luego al gobierno. Yrigoyen (1916-1930), Alessandri (1920-1924)⁹ y Battle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915) son los primeros presidentes en sus respectivos países que forman gobiernos no oligárquicos. Antes de eso, las clases medias, resistidas por la oligarquía durante años, intentan incluso métodos insurreccionales, como lo hizo el Partido Radical en Argentina. Una vez en el poder, votadas incluso por sectores obreros, las clases medias llevan adelante una política de modernización y de inclusión de los sectores medios (Cardoso & Faletto 1979).

Desde el punto de vista de las elites tradicionales, el surgimiento y la llegada de las clases medias al parlamento y al gobierno no significó una amenaza a sus intereses. El reclamo de las clases medias era fundamentalmente que les abrieran las puertas a la ciudadanía, ya que querían ser parte integral de la nación tal como esta última era entendida por la elite, vale

⁸ Así, por ejemplo, los campesinos – indígenas que apoyaron al jefe liberal José Manuel Pando en 1899, durante la Revolución Federal en Bolivia fueron traicionados por éste, una vez en el poder: “Pando, however, reneged on his promises and allowed the assault on Indian land to continue. The government suppressed a series of campesino uprisings and executed the leaders. One of these revolts, led by Pablo Zárate Willka, was one of the largest Indian rebellions in the history of the republic. It frightened whites and mestizos, who once again successfully isolated the Indians from national life.” Library of Congress /Area Handbook Series / Bolivia.

⁹ El segundo gobierno de Alessandri, 1932-1938 no fue un gobierno reformista de clase media, sino más bien pro oligárquico.

decir, como una comunidad nacional imaginada con su territorio, sus símbolos, historia y tradiciones propias que la diferenciaban de otras comunidades nacionales. La irrupción de las clases medias tampoco implicó un cuestionamiento del rol de liderazgo de la elite en la producción. Es más, Fredrick Pike se refiere a la clase media como un actor que traiciona y explota a los sectores populares en Chile, por lo cual su llegada al poder no significó gran cambio (1963:25-27).

The urban nouveaux riches, both upper and middle class, found it totally unnecessary to enlist the aid of the city proletariat in a struggle with the old order, for they had already joined or were in the process of joining the old order (Pike 1963:21).

El periodo en que las clases medias acceden al poder corresponde en parte con la represión más violenta a las nacientes organizaciones obreras. Desde el gobierno las clases medias argentina y chilena justificaron las represiones y masacres obreras de la época.

La organización de la clase trabajadora fue interpretada en los hechos como una declaración de guerra por la elite. La nación imaginada de la elite era puesta en cuestión por la organización autónoma de las clases subalternas, fueran éstas llamadas sociedades de ayuda mutua, mancomunales, sociedades de resistencia o partidos obreros. Los trabajadores estaban construyendo su propia comunidad imaginada. Consecuentemente, el estado respondió con la utilización del uso monopólico de la violencia. Mientras que en 1810 el miedo era a que la lucha de independencia se convirtiera en una guerra de colores, en una guerra social, a fines del siglo XIX, el miedo se dirigía a la organización autónoma de los trabajadores, al margen del colectivo nación.

Los criterios establecidos por Anderson (2006) como importantes en la formación de una comunidad imaginada, es decir, una cierta forma de “peregrinaje” unificador de los constructores de la idea de comunidad y la existencia de periódicos, están presentes en la formación del movimiento obrero. En todos los países examinados, las distintas corrientes ideológicas del movimiento obrero dieron lugar a un sinnúmero de periódicos, la mayor parte de los cuales de muy corta existencia. Periódicos, casas y clubes de estudio fueron las primeras formas de organización obrera. En cuanto al

peregrinaje, las condiciones mismas del trabajo, por ejemplo en la pampa salitrera, donde los obreros eran despedidos en masa al vaivén de los ciclos económicos, obligaba a los obreros a una constante movilidad buscando trabajo. Pasó a ser una característica de la cultura obrera, la eterna movilidad. Situación que, por supuesto, facilitó el despliegue de las ideas proletarias (Bergquist 1986):

Like citizens of a nation, members of an insurgent party must feel themselves "tied forever" to a group, most of whose members they will never see or know individually. The struggle to propagate an insurgency frequently implies a contestation of official national identity, and thus insurgent discourse should not be ignored in studying the development of nationalism in Latin American countries (Chasteen 1993:97).

La creciente conciencia de clase de los trabajadores pone en entredicho el rol directivo de la elite en la producción y por extensión también en el mundo político y cultural. Distintas utopías, anarquistas, socialistas y sindicalistas, se plantean nuevos modelos sociales, antagónicos al ofrecido por las elites latinoamericanas. Horrorizadas, las elites contemplan cómo las clases subalternas se preparan para vivir un mundo donde se les negaba su papel dirigente.

The incipient organization of the urban working classes ((...)) signaled a weakening of patron-client ties as well as a parallel rise in class consciousness... As these traditional mechanisms of control declined, the police took on an increasingly important function (Arrom & Ortoll 1996:7).

El periodo comprendido entre 1880 y 1930 es la etapa heroica del movimiento obrero en el Cono Sur. La Semana Trágica en Buenos Aires, en enero de 1919, donde los obreros exigían la jornada de ocho horas fue salvajemente reprimida por efectivos de la policía y el ejército, ayudados por jóvenes de la clase alta agrupados en la Liga Patriótica, con un número indeterminado de muertos, pero que supera los mil casos. La historia de la Patagonia Rebelde en 1921, recuperada por el escritor y periodista Osvaldo Bayer, es otro caso notable de represión, esta vez en el campo, donde los obreros rurales en Santa Cruz son salvajemente reprimidos con un saldo de 1500 muertos (Bayer 2004). En Chile por su parte, también se da una semana "trágica", aún cuando es conocida como la Semana Roja, ocurrida en Santiago en octubre de 1905, con un saldo de 250 muertos a manos de la policía y de guardias blancas

formadas por jóvenes de la elite (Vivanco y Miguez 1987:56-57). Sin embargo, la masacre chilena más conocida es la de la Escuela Santa María de Iquique en 1907, donde mueren más de 3000 obreros del salitre. El norte chileno fue escenario de numerosas protestas y masacres obreras como en San Gregorio en 1921 y en La Coruña en 1925. El sur, por su parte, fue escenario de violentas represiones a los campesinos y mapuches, como en Ranquil en 1934, durante la segunda presidencia de Alessandri (1932-1938), en la cual murieron más de 200 personas (Bergquist 1986).

El surgimiento de organizaciones obreras en Bolivia se da con posterioridad al caso de Chile y Argentina. Bolivia a comienzos del siglo XX, era “one of the least likely places to encounter anything like a modern and classconscious proletariat” (Lora 1977: VIII). Los mineros, el núcleo del naciente proletariado, contabilizaban menos del uno por ciento de la población económicamente activa. Los trabajadores, en su búsqueda de autonomía, se vuelven contra el patriotismo, se niegan expresamente a someterse a la idea de nación de la elite. Así, por ejemplo, el Centro Obrero de Estudios Sociales escribía en 1919:

We must wipe out our regional hatreds; these should not exist among the proletariat. Frontiers are false social conventions created by the statesmen, by the powerful... In reality there is only one frontier, the frontier which divides the poor from the rich... Capital is international and capitalists use the nationalist sentiments simply to further their own interests and to increase the exploitation of the workers (Lora 1977: 101).

La ruptura radical con el concepto de nación de la elite es ilustrada por la influencia del movimiento obrero chileno sobre el boliviano, para indignación de las respectivas elites. Por ejemplo, Enrique G. Loza, sastre y dirigente obrero boliviano, era un discípulo de Luis Emilio Recabarren, la principal figura histórica del movimiento obrero chileno, y había participado en las luchas obreras del norte chileno:

His way of life – he never set up shop permanently anywhere – made him a passionate advocat of internationalism, convinced that national frontiers were erected by capitalism with the sole objective of oppressing the masses (Lora 1977:109).

A su vez, el movimiento obrero peruano recibió fuerte influencia del movimiento obrero anarquista argentino (Alexander 2007: 4). Durante el Oncenio de Leguía (1919-1930) las inversiones estadounidenses entraron masivamente al Perú, permitiendo un rápido crecimiento del aparato estatal y de actividades económicas como la construcción, urbanización, manufactura y minería. El número de trabajadores asalariados aumentó significativamente durante este periodo, pero la política de Leguía fue consecuentemente antisindical (Alexander 2007:16). En el conflicto entre la elite y las nacientes organizaciones de trabajadores hubo no sólo un rechazo de la idea de nación de la elite, sino una disputa por la apropiación del concepto. Bergquist (1986) en su estudio comparativo del desarrollo del movimiento obrero en Chile y Argentina, explica el mayor éxito del movimiento obrero chileno, justamente porque éste logró, desde sus inicios en la pampa salitrera, identificar a los representantes del capital con intereses extranjeros y a la lucha obrera con los intereses del pueblo chileno. De esta manera la contradicción entre trabajo y capital fue identificada como la lucha de la nación contra intereses extranjeros.

En el caso de Perú, tanto Haya de la Torre como Mariategui, intentan en alguna medida, llevar a cabo algo similar con sus distintas versiones de socialismo indoamericano o indígena. La contradicción entre capital y trabajo, en este caso, puede ser igualada a la lucha entre una elite europeizada y un pueblo de base mayoritariamente indígena y mestiza.¹⁰

Al celebrarse el primer centenario de la independencia latinoamericana en 1910 el panorama general presentaba grandes diferencias regionales. La guerra de independencia afectó fuertemente la economía de los países andinos, mientras que los países del Cono Sur se recuperaron más rápidamente. Chile después de dos guerras victoriosas con Perú y Bolivia se apropió de enormes riquezas mineras en el norte. Argentina y Uruguay se habían constituido en países

¹⁰ "No one (...) can be surprised by the confluence of indigenismo and socialism. Socialism orders and defines the demands of the masses, of the working classes. And in Peru those masses are four-fifths indigenous. Thus our socialism must declare its solidarity with the native people." (Mariategui, citado en González 2007).

agro-ganaderos con gran inserción en el mercado internacional, recibiendo una enorme masa migratoria, sobre todo del sur de Europa. En el plano internacional la Revolución Mexicana primero y la soviética después, contribuían a crear un clima de aprehensión entre las clases dominantes, no sólo de Latinoamérica.

El temor de las elites se manifestaba en un discurso racista que mantendrá su vigencia, y coexistirá con otro expresado en términos de clase, durante gran parte de la primera mitad del siglo XX. En el primer centenario se escriben así varios libros a manera de balance de los primeros cien años de independencia. En Argentina, Carlos Octavio Bunge publica en 1903 "Nuestra América" y en Bolivia, Alcides Argueda publica en 1908 "Pueblo Enfermo". Los pobres, indios, mulatos y mestizos serán la razón del atraso. Son las características raciales de estos grupos las que impiden el despegue del continente, sobre todo comparado a las ex-colonias británicas (Stabb 2004). "Raza chilena" de Nicolás Palacios, publicado en 1904, culpa a la inmigración latina de los males de la sociedad chilena y defiende el mestizaje chileno, producto, según este autor, del cruce de la raza gótica y araucana (Deutsch 1999:14).

El surgimiento de organizaciones de extrema derecha en el Cono Sur a principios del siglo XX está ligado a una sensación, por parte de la elite, de temor y aprehensión por la disolución de los valores tradicionales, debido tanto a la progresiva penetración de capitales extranjeros como al surgimiento del movimiento obrero organizado (Deutsch 1999:54-56).

A manera de conclusión se puede postular que al temor inicial a las castas de los criollos durante la independencia, se agrega el temor de fines del siglo XIX a la autonomía de los trabajadores y, por ende, a la pérdida del rol dirigente de la elite. Mientras que en la región andina, con una mayor población indígena, el temor básico seguía siendo la posibilidad de revuelta de las masas indígenas y mestizas, en el Cono Sur éste era la posibilidad de revuelta de los trabajadores en contra del orden socioeconómico. Pero tanto en uno como en otro

caso las categorías de clase y etnia estaban y siguen estando entremezcladas.¹¹

¿El miedo ciudadano?

El proceso de independencia en Latinoamérica y la progresiva integración de su economía en el mercado mundial como exportadores de materias primas están relacionados, respectivamente, con el proceso de cambios económicos iniciados por las reformas borbónicas durante la segunda mitad del siglo XVIII y con la expansión del capitalismo financiero europeo y estadounidense a partir de 1880 aproximadamente. La importancia de estos cambios y sus consecuencias sociales y económicas es innegable desde la perspectiva histórica que dan los 200 años de vida republicana independiente. Sin embargo, la validez e importancia del proceso de cambios iniciado en la segunda mitad del siglo XX y conocido como globalización, es cuestionable. Los hechos son aún demasiado recientes. Valgan, por lo tanto, las siguientes reflexiones fundamentalmente como hipótesis a comprobar para futuros historiadores.

Al acercarse el segundo centenario, el continente ha visto el surgimiento y fracaso relativo de la industrialización por substitución de importaciones, sobrevivido a dos guerras mundiales y a la guerra fría entre el mundo capitalista y la Unión Soviética. El siglo pasado ha estado marcado por la confrontación entre el capital y el trabajo lo que ha dado lugar a diferentes expresiones políticas de izquierda y derecha. Esta confrontación se ha dado a todo nivel y la violencia política ha estado permanentemente presente, ya sea en los hechos o como amenaza. Distintos gobiernos más o menos progresistas,

¹¹ "The factor of Indian blood has contributed in telling manner to the traditional middle-class rejection of the lower mass. Priding itself on its whiteness, the middle class to a large extent has believed in the inferiority of Indians and mixed bloods. Clinging to the aristocracy, it has erected a psychological barrier between itself and at least one-third of the population. To a subtler, but to just as deep-rooted and extent as in Peru, Ecuador, Bolivia, and Guatemala, the Indian problem, or a variant of it, is involved in Chile's social and economic ills". (Pike 1963:32)

nacionalistas o de izquierda, han tenido lugar tanto en la región andina como en el Cono Sur, lo que ha llevado a una respuesta violenta de parte de las respectivas elites.

En términos de historia económica, el periodo iniciado, en el Cono Sur después de la Gran Depresión y en la región andina después de la Segunda Guerra Mundial, conocido como “desarrollo hacia adentro” con la industrialización por sustitución de importaciones como pilar básico, agotó sus posibilidades luego del periodo fácil de sustitución de bienes de consumo (Cardoso & Faletto 1979). La multiplicación de las dictaduras en toda Latinoamérica durante los años setenta y ochenta puede ser visto, en este sentido, como una expresión de la incapacidad de las elites de encontrar una nueva estrategia de desarrollo.

La vuelta de la democracia, a partir de la década de 1980, coincide con la generalización del modelo neoliberal, cuyas primeras expresiones se dieron con los Chicago Boys en el Chile de Pinochet a partir de 1973. El término de la guerra fría, la aparente victoria del capitalismo y el desarrollo de nuevas tecnologías de comunicación son también coincidentes con este periodo, iniciando lo que se dio en llamar proceso de globalización. La estrategia de desarrollo está nuevamente centrada en los mercados internacionales como motor de la economía. En este orden mundial “globalizado” los países periféricos se han integrado de manera desigual, generando ganadores y perdedores.

Los países con gran producción minera, Chile y Perú por ejemplo, y los agroindustriales como Argentina, se han beneficiado de la enorme expansión de la demanda de sus productos, generado por la industrialización de los gigantes asiáticos China e India. Pero la estructura social, tanto de los países del Cono Sur como de la región andina, presenta también ganadores y perdedores. Mientras que una parte de la clase obrera, ligada a los sectores exportadores exitosos, ha visto mejorar sus condiciones de vida, integrándose a la clase media, otra gran parte de ésta ha sufrido los efectos de la mayor competencia internacional y su secuela de desindustrialización, pasando a engrosar las filas de los desempleados y trabajadores informales. En alguna medida, como lo demuestran los acontecimientos de diciembre del 2001

en Argentina, esta misma suerte ha corrido una parte de la clase media, ligada al estado de bienestar, dando origen al fenómeno de los “nuevos pobres” (Kessler & Di Virgilio 2008).

Al acercarse el segundo centenario de la independencia, la mayoría de la población latinoamericana vive en zonas urbanas. El proceso de urbanización ha sido mucho más pronunciado en el Cono Sur, cuyos países rondan el 90 por ciento de urbanización. Los países de la región andina, en cambio, tienen aún importantes cuotas de la población viviendo en zonas rurales. Las grandes ciudades de ambas regiones son incapaces de generar empleo para los nuevos inmigrantes y para el crecimiento vegetativo de la propia población. Este problema afecta más a la región andina dada su mayor población rural, potencialmente migratoria. Unido lo anterior a los procesos de desindustrialización, resultado de la aplicación del modelo neoliberal, el resultado es que una porción cada vez más importante de la población se ve obligada a “inventarse” un trabajo en el sector informal de la economía.

El miedo de las elites a las castas y a la organización autónoma de los trabajadores sigue existiendo. Pero un nuevo elemento de temor se ha agregado a los anteriores. Lo que asusta a las elites, a las clases medias y a la clase obrera integrada en el mundo formal de la economía, al acercarse el segundo centenario de la independencia, son los millones de personas que no encuentran lugar dentro del aparato productivo. La desafiliación de la que habla Castel (1997), la salida del mundo del trabajo y del seguro social a través del trabajo, han ido in crescendo en Latinoamérica. Los excluidos, ya sea por el color de su piel, género, edad u orientación sexual no encuentran otro contexto de inserción que no sea el del mundo informal, de las condiciones precarias de trabajo y de la inseguridad laboral crónica. El miedo actual se traduce, por ejemplo, en las *gated communities*, cerradas y aparentemente protegidas por muros y guardias de seguridad en un mar de pobreza e inseguridad; en las constantes llamadas a aplicar mano dura contra los excluidos, y en la baja de la edad de imputabilidad para reprimir sectores cada vez más jóvenes de la población. Otro ejemplo, comparable al urbano de las *gated communities*, son los intentos de las zonas ricas, por ejemplo, en Bolivia, de separarse del resto del país. Pareciera ser que la lógica del temor actual es que, si no se

puede controlar todo el espacio del país o de la ciudad, es necesario fortificarse y defenderse de un mundo externo amenazante.

Conclusión

Los distintos miedos a la revuelta popular a lo largo de los 200 años de independencia no se han sucedido unos a otros, sino que se han acumulado. Han agregado nuevas dimensiones al miedo visceral de las elites a la revuelta popular. Es la suma de todos los miedos: el miedo a las castas sigue vigente, así como a la clase obrera organizada y a los excluidos en general. Los distintos mecanismos de subordinación se refuerzan mutuamente como plantea Charles Tilly (1998), conjugándose en una estructura social donde la jerarquización se construye en base a criterios de clase, etnia y género. De la misma manera se conjuga el miedo de la elite al "otro", sea éste indígena, mujer, proletario o campesino.

Los momentos de ruptura social en que las clases subalternas desacatan el orden social impuesto por las elites, han sucedido cuando las respuestas dadas por la ideología y la cultura no bastan para justificar el empeoramiento de las condiciones de vida resultado de los cambios en el sistema de producción. El pacto social, el *social compact*, se ha roto y es necesario redefinirlo, generalmente por medio de la fuerza. Las luchas internas de la elite generalmente abren posibilidades de rebelión a los grupos oprimidos. Pero estos últimos pueden rebelarse aún sin la condición anterior. El orden social entra en crisis cuando las herramientas de mantención del sistema son incapaces de mantener a los grupos oprimidos en una situación de dominación. Tanto las divisiones y conflictos internos de la elite como la respuesta autónoma de los grupos populares, tienen su origen en los cambios a nivel de sistema de producción.

A manera de comparación se puede postular que el conflicto social, durante la independencia y siglo XIX, era más agudo en la región andina que en el Cono Sur, y a la inversa, que los conflictos internos de la elite eran en el Cono Sur más importantes que en la región andina. O, dicho de otra manera, fue la severidad del conflicto social entre las castas y la elite en

la región andina la que mantuvo unida a la elite, mientras que fue la debilidad de éste en el Cono Sur la que permitió a la elite dirimir sus conflictos internos.

La construcción de la idea de nación tuvo lugar de manera distinta, sobre una base poblacional distinta y con resultados distintos en la región andina y en el Cono Sur. En el primer caso, la existencia de comunidades imaginadas previas, basadas étnica y localmente, impide hasta el día de hoy, la formación de un sentimiento de comunidad nacional. El nacionalismo que existe es de baja intensidad. En el caso de los países del Cono Sur el resultado es mixto. Chile, por un lado, y probablemente también Uruguay, han dado origen a un nacionalismo de alta intensidad, mientras que Argentina desarrolló un nacionalismo de mediana intensidad, fundamentalmente por la existencia de fuertes comunidades regionales o provinciales.

El mayor desarrollo económico de los países del Cono Sur durante la era republicana, en comparación con los países andinos, incidió en la formación de nuevos grupos sociales y patrones de urbanización e industrialización. El Cono Sur presenta, en general, mayor grado de urbanización, en lo económico mayor grado de formalización y en lo social se caracteriza por clases medias y trabajadoras relativamente numerosas.

Se podría postular que la región andina, a comienzos del siglo XXI, al acercarse el segundo centenario de la independencia, se caracteriza por la lucha de los grupos oprimidos por la ciudadanía, por ser reconocidos como ciudadanos, siendo que constituyen la mayoría de la población. En el Cono Sur, en cambio, la lucha de los grupos excluidos se orienta más bien a redefinir el concepto de ciudadanía.

Referencias

Alexander, Robert J. (2007) *A history of organized labor in Peru and Ecuador*. Westport, Conn: Praeger.

Anderson, Benedict (2006) *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.

Arrom, Silvia M. & Servando Ortoll (1996) *Introduction to Riots in the Cities: Popular Politics and the urban poor in Latin America, 1765-1910*, ed. Arrom, Silvia M. & Servando Ortoll. Wilmington: SR Books.

Arrom, Silvia M. (1996) "Popular politics in Mexico City. The Parian Riot, 1828." In *Riots in the Cities: Popular Politics and the urban poor in Latin America, 1765-1910*, ed. Arrom, Silvia M. & Servando Ortoll. Wilmington: SR Books.

Bayer, Osvaldo (2004) *La patagonia Rebelde*. Buenos Aires: Booket.

Bergquist, Charles (1986) *Labour in Latin America. Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia*. Stanford: Stanford University Press.

Bonilla, Heraclio (1994) "Creoles and Indians, reluctant allies." In *Latin American Revolutions. 1808-1826 Old and New World Origins*, ed. Lynch, John. Univ. of Oklahoma Press.

Cardoso, Fernando Henrique & Enzo Faletto (1979) *Dependency and development in Latin America*. Berkeley: University of California Press.

Castel, Robert (1997) *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós.

Chasteen, John Charles (1997) *Fighting Words: The Discourse of Insurgency in Latin American History*. LARR, Vol. 28, No. 3.

Collier, Simon (1973) "National Consciousness and alternative Myth." In *Problems in Latin American History*, ed. Joseph S. Tulchin. New York: Harper & Row.

de la Torre Villar, Ernesto (1982) *La independencia mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Deutsch, Sandra (1999) *Las Derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*. Stanford, Ca.: Stanford University Press.

Escobar, Antonio & Romana Falcón (2002) *Introducción a Los ejes de la disputa. Movimientos sociales y actores colectivos en América Latina, siglo XIX*, (Coordinadores) Escobar, Antonio y Romana Falcón. Madrid: Iberoamericana.

Flores Galindo, Alberto (1994) "Aristocracy and people." In *Latin American Revolutions. 1808-1826 Old and New World Origins*, ed. Lynch, John. Univ. of Oklahoma Press.

González, Mike (2007) José Carlos Mariátegui: Latin America's forgotten Marxist. *International Socialism*, issue 115. <http://www.isj.org.uk/index.php4?id=336&issue=115#115gonzalez23>

Griffin, Charles (1973) "Were there revolutions?" In *Problems in Latin American History*, ed. Joseph S. Tulchin. New York: Harper & Row.

Jakobsen, Nils & Alejandro Díez Hurtado (2002) "Montoneras, la comuna de Chalaco y la revolución de Pierola: la sierra piurana entre el clientelismo y la sociedad civil, 1868-1895." En *Los ejes de la disputa. Movimientos sociales y actores colectivos en América Latina, siglo XIX*, (Coordinadores) Escobar, Antonio y Romana Falcón. Madrid: Iberoamericana.

- Kessler**, Gabriel & María Mercedes **Di Virgilio** (2008) The new urban poverty: global, regional and Argentine dynamics during the last two decades. *CEPAL REVIEW* 95: August.
- Langley**, Lester D. (1996) *The Americas in the Age of Revolution. 1750-1850*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Library of Congress** /Area Handbook Series / Bolivia, <http://lcweb2.loc.gov/frd/cs/botoc.html>, accedido el 17 de junio de 2009.
- Lora**, Guillermo (1977) *A history of the Bolivian labour movement, 1848-1971*. Cambridge University Press.
- McCreery**, David J. (2000) *The Sweat of Their Brow: A History of Work in Latin America*. New York: M. E. Sharpe.
- Mörner**, Magnus (1973) "The society of castes: Mobility and Frustration." In *Problems in Latin American History*, ed. Joseph S. Tulchin. New York: Harper & Row.
- Pike**, Fredrick B. (1963) Aspects of Class Relations in Chile, 1850-1960. *HAHR* Vol. 43, No. 1.
- Quijano**, Anibal (2008) "Occidentalism, Globalization, and the geopolitics of knowledge." In *Coloniality at large. Latin America and the Postcolonial Debate*, ed. Moraña, Mabel, Dussel, Enrique & Carlos Jáuregui. Durham: Duke University Press.
- Rippy Fred**, J. (1949) The British Investment "Boom" of the 1880's in Latin America. *HAHR*, Vol. 29, No. 2.
- Stabb**, Martin S. (2004) "The Specter of Degeneration." In *Problems in Modern Latin American History. Sources and Interpretations*, ed. Chasteen, John Charles & James A. Wood. Wilmington: SR Books.
- Stanley**, S. J. & Barbara **Stein** (1970) *The colonial heritage of Latin America. Essays on Economic dependence in perspective*. Oxford Universty Press.
- Sunkel**, O. (1973) *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI.
- Turner**, Mark & Andrés **Guerrero**, (ed.) (2003) *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham: Duke University Press.
- Tilly**, Charles (1998) *Durable Inequality*. Berkeley, Cal.: University of California Press.
- Tulchin**, Joseph S. (ed.) (1973) *Problems in Latin American History*. New York: Harper & Row.
- Villalobos**, Sergio (1985) *Historia de Chile*. Tomo 4, Santiago: Editorial Universitaria.
- Vivanco H.**, Alvaro & Eduardo **Miguez M.** (1987) *El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile. 1881-1916*. Edición electrónica, http://dwardmac.pitzer.edu/Anarchist_Archives/worldwidemovements/anarchileviva.pdf, accedido el 17 de junio de 2009.